

ria tan delicada. Y comienza distinguiendo claramente entre midrás como método y midrás como producto literario.

La obra tiene dos partes bien definidas. En la primera se hace una exposición metódica y clara del uso del midrás en el AT, en la literatura judía intertestamentaria y helenística, en la literatura rabínica y en el NT. A cada uno de estos temas se dedica un capítulo. En cuanto al AT, se estudian las distintas técnicas midrásicas y su situación vital tanto en la Biblia hebrea como en la traducción griega de los LXX y en los targumines (pp. 10-48). El segundo capítulo se consagra al midrás en la literatura judía intertestamentaria y helenística: libro etiópico de Enoc, Jubileos, escritos de Qumrán, Antigüedades Bíblicas del Pseudo-Filón, Salmos de Salomón, escritos de Flavio Josefo y de Filón (pp. 49-86). El capítulo tercero se ocupa del midrás rabínico: métodos rabínicos de interpretación, las dos escuelas midrásicas, los midrases haláquicos y los hagádicos (pp. 87-130). Finalmente se dedican unas breves páginas a lo que el autor llama midrás cristiano (pp. 131-140).

La segunda parte está formada por un largo apéndice (pp. 143-184), donde se ofrece una selección muy interesante de textos midrásicos. Un glosario y una selecta bibliografía terminan esta lograda introducción al midrás. El autor se manifiesta siempre bien informado, dueño de la materia que trata y con excelentes dotes pedagógicas. Sobre la aplicación del tema al NT, el autor ha publicado un libro de gran interés: *Une approche juive du Nouveau Testament* (París 2001).

F. GONZÁLEZ GARCÍA

G. HERAS OLIVER, *Jesús según San Mateo. Análisis narrativo del primer evangelio* (Colección Teológica 105; Pamplona, Eunsa, 2001) 287 pp.

“Esta obra es una reflexión en torno a la persona de Jesús mediante el análisis narrativo del primer evangelio”. Así se presenta el libro en la contraportada y no cabe duda de que esta frase puede resumir el método y el contenido del mismo. Se parte, en efecto, de que el evangelio de Mateo es una narración acerca de Jesús, y de lo que se trata en la obra es de llevar a cabo un análisis narrativo mediante el cual se llegue a vislumbrar la manera, y los matices, con que debe entenderse a Jesús según el autor del evangelio. Con este fin la autora estructura su obra en cinco capítulos.

El Cap. I, titulado “Perspectivas de la narración”, quiere ofrecer una definición científica de la “narración” y hacer un breve balance de la aplicación del método de análisis narrativo a la Sagrada Escritura. Tras exponer los principios teóricos acerca de la narración, cuyo primer esbozo se encuentra ya en la *Poética* de Aristóteles y su desarrollo en la Teoría literaria contemporánea, llega, siguiendo especialmente al crítico francés G. Genette, a definir la narración como “la historia configurada en una trama, que un narrador relata por medio del discurso, constituyendo una secuencia temporal propia” (p. 28). Todavía, después de considerar la “narración” en el ámbito de la filosofía moderna, añade a la definición anterior que la narración es “capaz de revelar el modo de ser y manifestarse del hombre, la identidad humana, que el lector reconstruye en el

proceso de lectura” (p. 50). A partir de esta definición, y siguiendo los pasos señalados por Genette, aborda en los capítulos siguientes el análisis del primer evangelio.

Estudia en primer lugar “la singularidad del Tiempo en el relato mateo” (Cap. II), analizando “las relaciones entre el tiempo que marca la historia y el tiempo que se emplea en el discurso” (p. 51). Sigue “tres determinaciones esenciales: las relaciones entre el “orden” temporal en el que se desarrollan los acontecimientos de la historia y su disposición en el relato; las relaciones entre la “duración” de los acontecimientos y su longitud en el texto; y, por último, las relaciones de “frecuencia” o de repetición de los eventos de la historia en el relato” (p. 52). En cuanto al *orden*, observa, tras el minucioso cotejo de las expresiones temporales del evangelio, que hay frecuentes rupturas de orden mediante analepsis (referencias a un tiempo anterior, sobre todo al del Antiguo Testamento) y prolepsis (referencias a un tiempo posterior, sobre todo a los acontecimientos pascuales). Sobre la “duración” comprueba que, si bien el ritmo narrativo del evangelio es acelerado, hay “gran amplitud de variaciones de velocidad, que está relacionada, a su vez, con la diversa significación de los eventos narrados” (p. 82). Sobre la *frecuencia*, examinando las repeticiones, dobles y sumarios, ve en ellos procedimientos del autor para que el lector recuerde determinadas enseñanzas de Jesús, para dar cohesión textual al relato o para “nivelar el tiempo dedicado a los discursos” (91).

La singularidad narrativa del evangelio de Mateo evidenciada en el análisis del Tiempo, concluye la autora, muestra que “Mateo no se limita a referir acontecimientos de la vida de Jesús sino que configura su narración de modo particular. En concreto, utiliza procedimientos que resaltan la continuidad de Jesús con el Antiguo Testamento (las citas de cumplimiento), recurre a medios que ponen de relieve algunos aspectos fundamentales de su predicación —como el tema del Reino— (anuncios y relatos repetitivos), y destaca de formas diversas el acontecimiento de la muerte de Jesús (con la expresión *apò tóte*, los anuncios reiterativos y el relato ralentizado).

El Cap. III está dedicado a “la composición del relato: distancia y perspectiva”. Equivale a la categoría del Modo en la narratología genettiana, y estudia las formas de regular la información narrativa: la mayor o menor “distancia” en la que se sitúa el autor respecto a la historia (cantidad de información, presencia o ausencia del narrador), y el punto de vista o “perspectiva” que adopta frente a ella (actitud que muestra el autor respecto a la historia narrada). La “distancia” viene apreciada por el tipo de los relatos, que presentan o bien un “discurso narrativizado” (el más distante del discurso original pues el narrador no permite que los personajes manifiesten sus propias palabras); o un “discurso traspuesto” (que trasmite de forma indirecta las palabras de los personajes) o un “discurso restituido” (el narrador deja a los personajes reproducir sus palabras). G. Heras constata que “el narrador nunca emplea el discurso narrativizado para exponer las palabras de Jesús acerca de su identidad y de su misión” (p. 115), y que “junto a los tradicionales cinco grandes discursos de Jesús, hay otros cinco que son parangonables a éstos desde el punto de vista de su extensión y el modo de reproducción de las palabras del Señor” (115). Para el análisis del “punto de vista” o “perspectiva”, la autora, siguiendo la metodología propuesta por el lingüista ruso B. Uspensky, analiza sucesivamente el nivel de la fraseología (como denominaciones de los personajes, y los verbos que denotan sus acciones); el nivel espacio-temporal (desde dónde y cuándo se narra); el plano psicológico (mostrando los sentimientos de los personajes o los del

narrador); y el plano ideológico (que en Mateo aparece en las referencias a la Escritura y en algunos comentarios explícitos).

A lo largo del capítulo aparecen interesantes sugerencias en orden a la teología y cristología de Mateo, pero se echa en falta un apartado a modo de conclusión que las presente de manera ordenada. Sólo al final, en las conclusiones generales del libro, se expresa claramente que “su perspectiva (de Jesús) es la que gobierna la narración. El narrador, que está situado fuera y después de la historia, abandona con frecuencia su posición privilegiada para situarse en sincronía con Jesús..., ve a los personajes desde los ojos de Jesús, tal como se refleja en el uso de los verbos de movimiento, y valora los acontecimientos desde su propia comprensión de la historia, a la luz del cumplimiento” (p. 276). Siguiendo la narratología genettiana, el Cap. IV está dedicado a la Voz: “las Voces del relato mateano”. Después de hacer la distinción entre “autor real”, “autor implícito” y “narrador” (“voz narrativa situada en el nivel del relato que funciona como su emisor directo”), la A. aclara ya al comienzo que “el estudio de la Voz del primer evangelio se centrará en el análisis del narrador, es decir, en el sujeto que refiere la historia, según las huellas que ha dejado en el texto, y en su correlato, el narratario (o destinatario de la narración, en quien piensa el narrador como receptor de su relato), en la medida en que se encuentre de modo explícito en el relato” (182). Y, como en el primer evangelio “gran parte del relato corresponde a Jesús” que narra desde dentro de la misma historia, se analiza primero “el narrador mateano y sus funciones” (pp. 183-213) y luego “Jesús como narrador” (pp. 213-240). En ambos apartados se analizan las funciones “narrativa” “explicativa” y “comunicativa” del narrador. En *Mateo narrador*, la *función narrativa* ya había sido considerada en parte en el Cap. II y en el Cap. III, ahora pone de manifiesto que el “ocultamiento es casi total cuando la principal actividad que el narrador cuenta es la predicación del Señor, ya que está reservada a la voz del mismo Jesús” (193). La *función explicativa* de este narrador, reflejada en ciertas glosas y en las citas de cumplimiento, es fundamental, pero se limita casi por completo a las partes claramente narrativas del relato (infancia y pasión), de forma que “resulta imprescindible prestar atención al análisis de Jesús como narrador y a los datos acerca de la comprensión de su propia historia para determinar si las intervenciones explicativas del narrador (Mateo) son la clave para la comprensión del sentido del relato” (207). En cuanto a *la función comunicativa*, se observa que el narratario del narrador Mateo viene a coincidir con el lector del evangelio, y que esa función está vehiculada sobre todo por las citas de cumplimiento, y por el uso del presente histórico empleado sistemáticamente para introducir las intervenciones de Jesús. Con este último procedimiento “el narrador invita a los lectores a escuchar directamente a Jesús, salvando la distancia temporal, y poniéndose en la situación de sus oyentes inmediatos” (p. 212).

En la *función narrativa del narrador Jesús*, por un lado, “destaca el hecho de que Jesús relata casi de modo exclusivo detalles relativos a su pasión, muerte y resurrección” (214), “reduciendo el relato a sus datos esenciales y siempre a modo de anuncio” (216). “De este modo, concluye la A., “el lector comprueba al concluir el evangelio que los eventos anunciados por Jesús se cumplen y, por tanto, se siente inclinado a creer que también se cumplirán todos aquellos anuncios del Señor que no entran en el marco del relato, como las promesas hechas a los apóstoles...” (216). Por otro lado,

Jesús hace referencias a su identidad y misión, que se encuentran dispersas a lo largo del relato, y que son exclusivas del narrador Jesús: “Jesús se muestra conocedor de su identidad y misión y así lo manifiesta” (220). Finalmente, también Jesús “aporta datos en orden a la caracterización de los personajes y referencias a su situación (apóstoles, escribas y fariseos, la multitud)” (220), que son “más directas y mucho más explícitas que las notas que aporta el narrador (Mateo) cuando adopta un punto de vista interno...; la caracterización de los personajes se apoya en gran medida en las intervenciones de Jesús... que es quien conoce su propia identidad y la de los demás” (225). La función narrativa de Jesús abarca asimismo las parábolas, historias inventadas para ilustrar sus enseñanzas acerca del Reino y, en dos casos (la de los dos hijos y la de los viñadores homicidas) su propia historia. “De este modo, concluye la A., aunque los relatos de Jesús no permiten establecer el desarrollo de los eventos, porque ése es el papel que desempeña el narrador en primer grado, sí dan a conocer a los personajes de la historia y, de manera especial, cuál es la identidad y misión del Señor en la que destaca su muerte relacionada con las Escrituras y el rechazo de los fariseos... En definitiva, Jesús no aporta datos del desarrollo de su historia... tampoco lleva a cabo una organización ordenada de los acontecimientos ni elabora la historia, pero sin sus intervenciones el lector no podría comprenderla” (232). En la *función explicativa* del narrador Jesús, “como rasgo específico de casi todas sus explicaciones relativas a la persona, actuación y misión de Jesús presentes en estos textos destaca la referencia a las Escrituras... en ocasiones explica cómo deben comprenderse los textos veterotestamentarios” (234). La *función comunicativa* se caracteriza por “causar en el lector la impresión de una gran inmediatez” mediante la disposición de los discursos, y por la interpelación directa del lector al presentar a Jesús como predicando con autoridad; Mateo, “por la misma forma que utiliza Jesús al pronunciar sus palabras”, consigue que “el lector pueda identificarse con facilidad con “todo aquel” a quien Jesús dirige sus palabras” (240).

Más allá de la aplicación del método de corte estructuralista propuesto por Genette y seguido hasta de ahora, en el Cap. V se aborda “la trama del primer evangelio”, entendiendo por trama “el principio organizador que, desde su punto final, da lógica y sentido a los elementos dispares del relato; es aquel principio que confiere una hilazón a los episodios y permite delinear la estructura del relato, en nuestro caso del primer evangelio, como una narración que incluye la temporalidad y la causalidad como relaciones esenciales entre los acontecimientos de la historia” (250). Dada esta relación entre “trama” y “estructura”, la A. presenta primero un “panorama de propuestas” de la estructura de Mt, fijándose en las de tipo narrativista (las de J. D. Kingsbury, D. R. Bauer, D. B. Howell y W. Carter) que toman en consideración los aspectos compositivos (repeticiones, relaciones entre secciones y dinamismo interno), y ofrece después la suya propia.

Teniendo en cuenta las distorsiones de la temporalidad y las relaciones causales que existen entre los eventos, afirma que en el *primer bloque narrativo* (Mt 1,1-4,16), “el examen de la configuración permite señalar el binomio anuncio/cumplimiento como esquema fundamental sobre el que progresa la trama, referido tanto a los eventos que se suceden como a las palabras pronunciadas por Jesús” (254). Asimismo, “en la *parte central del relato* (Mt 4,17-25,46) Mateo reitera el esquema anun-

cio/cumplimiento de manera que orienta al lector hacia una concreta comprensión de los eventos: todo se cumple como consecuencia de la autoridad o potestad de Jesús, porque él afirma o anuncia lo que va a suceder” (258-259). Esto se refleja especialmente en los anuncios, que “desempeñan un papel importante en la configuración de la trama porque dirigen al lector hacia la comprensión final del relato” (258), y en “la falta de progresión en la trama mateana, en el sentido de que unos eventos no son en sí causa de los otros” (259). En la *parte final del relato* (Mt 26, 1-28, 20) cobra especial relieve el mandato misionero, ya que “el punto final es el que acaba de dar sentido a la narración” (261). Desde ahí se ve que “en el relato mateano Jesús ha llevado a cabo con su autoridad el “plan previsto” por el designio divino. Al final de la narración su ministerio terreno ha terminado al cumplirse su muerte y resurrección, pero el plan de salvación no concluye ahí. En efecto, debe ser anunciado a todas las gentes” (261). Así, “el evangelio de Mateo no constituye sólo un relato de Jesús, aunque éste sea su objetivo primordial, sino una justificación de la misma narración, y esto es lo que añade el mandato misionero” (261). Tras exponer su estructura del evangelio en base a la “línea de acción principal” y a “los grandes segmentos narrativos” (p. 266), la A. concluye con una reflexión sobre el sentido de la historia de Jesús según el relato de Mateo. Señala cómo “en la configuración de los eventos puede “reconocerse” la identidad de Jesús, que en el primer evangelio aparece más como una “mostración” que como una “demostración” o revelación progresiva de su persona” (269). Esta “mostración” pone delante la autoridad de Jesús en el ejercicio de su predicación, su inclusión dentro de un plan divino del que ya hablaban las Escrituras, y el cumplimiento de las palabras de Jesús anticipadoras de los sucesos. Teniendo en cuenta la escena final se ve que “el relato no queda cerrado en su punto final sino que se abre, por efecto de la misma narración, hacia los tiempos futuros, de manera que cualquier lector puede encontrar un lugar en las palabras de Jesús” (271).

En unas breves “Conclusiones”, la A., tras señalar que “Mateo relata una historia que tiene un significado teológico y para ponerlo de manifiesto emplea recursos que van más allá de la mera narración” (274), recoge algunos resultados de su investigación acerca de esos recursos empleados por el evangelista y apunta su significación, pero sin adentrarse en las implicaciones teológicas (cristológicas o eclesiológicas) que se derivarían de ellos. En este sentido podemos decir que el libro de G. Heras no es propiamente una exégesis del Evangelio de San Mateo, sino más bien, como ella misma dice “un instrumental interesante para la investigación de los relatos bíblicos” (p. 42), en este caso del relato mateano.

El libro es fiel a lo que se promete en el título “Análisis narrativo del primer Evangelio”, y ciertamente desde ese análisis se ilumina la figura de Jesús presentada en ese Evangelio. Ahí radica el interés de este estudio: aplica con rigor el análisis narrativo si bien habiéndose despegado implícitamente de los presupuestos del estructuralismo, como manifiesta la A. en p. 27, nota 41, donde critica a G. Genette de centrarse de modo exclusivo en el análisis del discurso narrativo ya que considera que “la historia y narración no existen para nosotros sino por mediación del relato” (G. Genette, *Figuras III*, p. 68), y de actuar con un reduccionismo que, “voluntariamente buscado, hace que tenga en escasa consideración el análisis de la historia”. El análisis narrativo realizado por G. Heras no está cerrado a la historia –aunque tampoco se

ocupe de su estudio—, sino que más bien la presupone. Desde el punto de vista de la investigación histórico crítica queda encuadrado en la “historia de la redacción” del primer evangelio, poniendo de relieve la significación de esa redacción en orden al conocimiento de la historia y la figura de Jesús presentada por Mateo. Desde esta perspectiva aporta datos que la exégesis, sea cual sea el calificativo con que se presente (bíblica, narrativa, teológica) habrá de tener en cuenta.

G. ARANDA PÉREZ

RAYMOND E. BROWN, *Introducción a la cristología del Nuevo Testamento* (Sígueme, Salamanca 2001) BEB 97; 254 pp. ISBN 84-301-1325-8

A lo largo de su extensa producción bibliográfica, R. E. Brown ha estudiado repetidamente temas cristológicos, ya desde sus primeras obras (*Jesus God and Man* [1967] traducido al castellano en la editorial Sal Terrae en 1973); abordando con diferentes perspectivas aspectos que van desde el nacimiento a la muerte del Mesías.

Movido por un propósito pastoral, en la Navidad de 1993, redactaba R. E. Brown la introducción de esta obra. En ella indicaba el modo en que había orientado su trabajo para mostrar “la imagen de Jesús que aparece en el cristianismo primitivo. ¿Cuánto sabía él? ¿Hasta qué punto reveló el conocimiento que de sí mismo tenía? ¿Cómo reflexionaron sobre él sus seguidores? ¿Cómo creció su conocimiento acerca de él? ¿En qué modo lo que se desprende de un estudio de Jesús en el Nuevo Testamento está relacionado con las posteriores formulaciones de la Iglesia sobre él?” (p. 10). Éste es, pues, el propósito de su *Introducción a la cristología del Nuevo Testamento*, cuyo original inglés vio la luz el año 1994 y que ha sido fielmente traducida al castellano por Luis Iglesias González. La obra es pues una de las últimas que este extraordinario biblista, sacerdote de la Sociedad de san Sulpicio y miembro de la Pontificia Comisión Bíblica, nos ha regalado antes de que su corazón se detuviera a causa de un infarto en agosto de 1998.

El libro consta de tres partes: I. El significado de la cristología. Diferentes aproximaciones (pp. 13-29); II. La cristología de Jesús (pp. 31-117); III. Las cristologías de los cristianos del Nuevo Testamento (pp. 119-169).

La primera parte, en una apretada síntesis, estudia qué se entiende por cristología. Según Brown, ésta debería tratar de cómo Jesús llegó a ser llamado Mesías o Cristo, quién fue y qué misión llevó a cabo. Se pregunta el autor si concuerdan la comprensión que Jesús tuvo de sí mismo y la que sus discípulos tuvieron de él, mostrando cómo la respuesta a esta cuestión suscita distintas formas de aproximarse a la cristología neotestamentaria: conservadurismo no científico, liberalismo no científico, liberalismo científico, existencialismo bultmanniano y conservadurismo científico moderado.

La segunda parte, objeto de un estudio más pormenorizado al que dedica un mayor espacio, intenta mostrar cómo concibió Jesús su relación con Dios y su lugar en el plan divino de salvación mediante la revisión de algunas de sus palabras y de